

LA VILEZA

herente, exacta y no contradictoria brillaba por su ausencia; mientras que, simultáneamente, el último jefe de la disuelta Brigada Política Social, Roberto Conesa, era encargado de defender la democracia al dirigir la operación de búsqueda de los asesinos de los dos mandos militares.

Así, a finales de julio tenemos ya la Constitución aprobada por el Congreso de Diputados, mientras que el poder municipal, la Administración del Estado, aparatos estatales y la empresa pública siguen sin conocer un tímido proceso de renovación profesional y democrática. Eso es lo que facilita el terreno, y continuará facilitándolo hasta que no se resuelva, a la ofensiva anticonstitucional al ser prácticamente imposible que coexistan un texto democrático con unas estructuras municipales, administrativas, económicas, policiales, desfasadas y anacrónicas. La doble contradicción que se deriva de la imposible coexistencia de una Constitución con unas estructuras estatales heredadas intactas del régimen anterior y de la nada probable convivencia de las necesidades generales de la sociedad española con la permanencia de un modelo económico y de unos cauces sociales fundamentalmente desfasados por su anacronismo, va a aumentar la dialéctica de conflictos, con la consiguiente y consecuente posibilidad de ser manipulada por los enemigos de la frágil democracia española.

La razón fundamental del desgobierno de este proceso constituyente que ahora finaliza no se encuentra en la mala voluntad o supuesta incapacidad del actual Gobierno, sino en la concepción reformista que lo ha orientado. Cualquier proceso constituyente es multilateral en sus objetivos democratizadores, no aislando una conquista democrática del resto de las conquistas imprescindibles. Al aislar la meta constitucional, el proceso reformista genera los tremendos problemas con los que hoy se enfrenta la sociedad española. Porque un proceso constituyente es indivisible: o se aborda simultáneamente en todos sus frentes o la contradicción resultante adquirirá características peligrosas.

Ello es, fundamentalmente, la causa de que la derecha sea un puro enfrentamiento. ¿Cómo resolver estas contradicciones? ¿Manteniendo el esquema reformista agotado?, ¿controlando un nuevo proceso rupturista? Es obvio que para el PNV la respuesta se encuentra en las antipodas de AP y que las ambigüedades de UCD reflejan el choque camuflado, por ahora, de reformistas y rupturistas. Así, el desgobierno del proceso constituyente multiplica peligrosamente el fraccionamiento de la derecha en la misma medida que se agravan los problemas de fondo y crea una multiplicidad de poderes reales que, paralelamente, crean un auténtico vacío de poder.

Un vacío de poder

Hoy prácticamente el Gobierno, sin autoridad y credibilidad, es, a la vez, insustituible hasta que acaben celebrándose elecciones generales que configuren una nueva mayoría parlamentaria que permita abordar las tareas de la consolidación democrática de un modo enérgico y firme.

Esta batalla política entre constitucionalistas y anticonstitucionalistas, que tan sorprendente como consecuentemente se desarrolla en medio de una amenazadora indiferencia social en un país de larga tradición histórica en este tipo de pugnas, únicamente conocerá su desenlace cuando conozcamos si se va a llenar o no el vacío de poder existente, que deteriora seriamente el prestigio del Estado español.

Sólo el general deseo o interés democrático de todas las clases sociales españolas —hoy no hay ningún sector social interesado en una política involutiva— es el que está permitiendo sortear las enormes provocaciones antidemocráticas y conllevar la ausencia de poder. Sin embargo, las coyunturas históricas de este tipo no suelen durar demasiado. Ello quiere decir que si el vacío no es relleno democráticamente acabará siendo relleno por procedimientos no democráticos. Sería entonces la hora de la última ofensiva anticonstitucional. ■

SE podría escribir una historia de la provocación. Allá, a lo lejos, estaría Nerón incendiando Roma para acusar a los cristianos y poder acabar con ellos más fácilmente. Más cerca, los nazis incendiando el Reichstag para acusar a los judíos y a los comunistas y acabar, de paso, con la democracia. Con la pobre, hambrienta, incipiente democracia de Weimar. Lo que puede enseñarnos la Historia de todo esto es que Nerón no acabó con el cristianismo, ni los nazis acabaron con los comunistas, los judíos y la democracia. Terminaron ellos antes, y quedaron para siempre en el museo de los tiempos como estatuas embarradas y ensangrentadas. Tal vez esta reflexión no sirva de consuelo a los cristianos que fueron devorados en el circo por los leones apolíticos y maquinales que trataban de restablecer la ecología romana; ni a los decapitados por el hacha de Berlín. El que cae, cae.

La técnica de provocar es ahora mucho más fácil. No requiere grandes medios. Roma tenía que ser incendiada para que sus llamas se vieran desde lejos. Ahora basta con vaciar un cargador en la espalda de alguien indefenso que sale de su casa camino de su trabajo. Alguien que no tiene por qué estar siquiera exquisitamente elegido. El atentado ya no se hace contra una persona determinada. No hace falta buscar a Julio César precisamente, ni que el periodista que haga su necrología sea Marco Aurelio. Se busca a alguien que pueda representar algo por su trabajo, por su uniforme, por el estamento al que pertenece. Alguien que sea cómodo de matar: que viva en un barrio aislado, que no perciba ninguna señal de que se le va a atacar. Está al alcance de cualquiera. La gran llamarada del lamento, del dolor, de la indignación, crece en seguida. Basta luego con llamar por teléfono a un periódico, a una emisora de radio y dar unas siglas. A veces se llama simultáneamente y se ofrecen reivindicaciones diferentes. Debe haber aficionados.

Todo es fácil. A condición de tener la vileza suficiente para hacerlo. La vileza de matar y la simple, cómoda vileza de amenazar. De escribir un anónimo, de hacer una llamada telefónica a cualquiera de los cientos de miles de personas que podrían ser víctimas. No parece, en nuestro tiempo, que la vileza sea difícil. Es una simple acomodación de la conciencia. Consiste en sentirse víctima. Los grandes desastres de la Humanidad los han realizado personas que se sintieron víctimas. Humillados, ofendidos, vencidos o marginados. Cuando uno llega a ese estado de ánimo, es difícil que no se justifique a sí mismo.

Puede uno no llegar a matar, que finalmente siempre entraña un riesgo. Pero puede uno aprovechar, utilizar el crimen del otro. Explorarlo, capitalizarlo. Es un rasgo de vileza realmente antológico. Puede uno ayudar al asesino a crear un estado de ánimo. A la luz de una buena ética, será tan asesino como el asesino. Pero la luz de la buena ética se apaga. Sobre todo, cuando uno está seguro de tener razón. Cuando una persona se siente víctima y al mismo tiempo cree que tiene la razón absoluta, hay que huir de ella. Puede no tener límites en su vileza.

Este terrorismo difuso, esta vileza ambiente, esta complicidad de las gentes de bien; esta sensación de tener razón absoluta, de tener derecho a todo, es algo más difícil de combatir que el terrorismo directo. El asesino, a fin de cuentas, se está convirtiendo en un objeto, en un instrumento, como su propia pistola. Lo terrible es la vileza con la que se le está manejando.

POZUELO